

Ala Este

01



Revista de Creación Literaria



Con el apoyo del [Vicerrectorado de Calidad de la Universidad Complutense de Madrid](#) (Proyectos de Innovación Docente 2020/2021).

Editado por *Ala Este. Revista de Creación literaria*,

Madrid, 2023.

Licencia Creative Commons.



<https://www.ucm.es/alaestecreacion> • alaeste@ucm.es

ISSN: 3020-4070

Collage y diseño de cubierta: [Carmen Sotoca](#).

Diseño de la revista: [Ignacio Caballero García](#).

Maquetación: [Irene Brunete González](#).

C/ Profesor Aranguren, s/n, 28040, Madrid,

Campus de Ciudad Universitaria,

Facultad de Filología, Edificio D.

Contenido

7

Migas de pan

Por Andrea López Montero

9

Esta mañana he tosido el cosmos

Por Miguel Ángel García Sánchez

10

1936

Por Ane Matres García

11

El mejor lugar para estar

Por Irene de la Torre

13

Desde la Arcadia perdida

Por Mónica Soneira Ventas

17

Medio aniversario

Por Gustavo Morales

Laboratorio de poesía UCM 21

21

Herencia de Rimbaud

Por Alba Tejedor Gertrudix

21

[gesto soniadero sonajero...]

Por Andrea Navacerrada

22

[Sostienen las horas]

Por Marta Covisa Andarias

22

Cómo envejecer

Por Isa Pérez Rod

22

Cuántas vidas

Por Alicia Gutiérrez Vega

23

[Si despertaras]

Por Ainhoa Trueba

23

**[te dejé salir donde la luz
alcanza]**

Por Rika Maurandy

23

Infelix Dido

Por David Santos Calleja

24

**Mantra contra los malos
augurios**

Por Germán Ortiz

24

**RESPETA LOS ESPACIOS
PÚBLICOS, SON DE TODOS**

Por Paula Colmenares León

25

Sáhara. Abril 2023

Por Jimena Riesco Aguado

25

Cuatro jaikus

Por José Alaiz

25

[Si el rencor no quemara]

Por Miguel Ángel G. Domenech

25

[Burlando al olvido]

Por Alexandra Mirella

26

Berlin calling

Por Nicol Navas Gómez

Migas de pan

Por Andrea López Montero

Se reúnen quietas las pajarillas del hambre, un roedor con alarde de ciudad, el alacrán, la paloma, un gorrión pequeño (muy pequeño incluso para ser un pequeño gorrión) y una libélula ciega.

Cada una con sus picos de bronce seco, en sus fauces de salón desconcertado, las pinzas de luna llana y el vuelo de los despiertos huelga una petición.

Una dice:

—Cantaré canciones tristes de forma
[muy aguda

iiiiii

de forma muy aguda i i i iiiiiii

reiré colgada de los brazos de todas mis
[amigas jijiji jijiji

hasta cansar al silencio,
claudicaré al ritmo

*taaaan lindo, tan tan áspero
tin tin tin*

de los cuchillos que nos sajan, heriditas
[divertidas de la realidad

con sus talones tímidos que saltan
iiiiiii

*En el corro de la muerte,
saltamos a pata coja,
saltamos a pata coja
en el corro de la muerte.*

Confirman la carcajada en saltos y ojos
[de paja la pequeña manada del hambre:
la tribu hecha de vidrio admite.

Otra dice:

—Dejaré huérfanos a los retoños,
royendo en el respeto ritual
madre superiora de su fe
en mi sexo abierto,
incapaces de colmar su responsabilidad
[propia

con su impropia vida propia:

todos mis novios huérfanos de mí
[comprenderán la dependencia.

Una tercera dice:

—Me pides que crea el credo, me pides,
[a mí.

Me ordenas la dulzura,
a mí.

Me escondo, en la cajita de bailarina
me escondo.

[advertir a su vez que está
[amenazándose.
Dictamino que el tiempo de las
[fronteras ha acabado,
derroquemos el lenguaje de concepto,
hagamos libre el borde
y el borde siguiente
y el siguiente borde, también.
Somos pulmones de cambio, un brote
[aéreo ante la domesticación
[del límite,
lo múltiple en movimiento,
el río y su contrario,
somos toda la inecuación,
suma, resta y cálculo acrobático del
[cálculo:
somos en todos sitios duda,
somos enteramente, ontológicamente,
alcanzamos a ser simultáneas de
[diferencia,
a nuestro murmullo unido lo bautizamos
[como intuición. Oye
las voces dulces, su débil inocencia
[necesaria. Somos.

Una vez cuentan todas vuelven anodinas
[a su anodina vida.

Andrea López Montero nació en Madrid en 1989. Ha formado parte del Consejo Editorial de *agua, revista de poesía líquida* hasta enero de 2023. En 2020 publicó su primer poemario, *Intentar la casa* en Piezas Azules. En 2023 coordinó y prologó la antología *Herbarios de Amores Dulces* y publicó *Los SinHueso, aforismos sin güito* con la editorial Cuadernos del Vigía tras ganar el X Premio Internacional de Aforismos José Bergamín. Sus poemas han aparecido en revistas como *Zéjel* o *Casa País*.

Esta mañana he tosido el cosmos

Por Miguel Ángel García Sánchez

Como cada mañana, he salido a la terraza a fumar —el desayuno de los campeones—. Cuál es mi sorpresa cuando, tras un largo y angustioso ataque de tos —esto tiene poco de sorprendente— he sentido que algo me subía por la garganta. He ido andando un poco rápido a por una servilleta —porque correr no iba a correr— y, tras un nuevo ataque de tos, más tímido que el primero, he tosido en la servilleta. Y lo que he tosido no ha sido otra cosa que el cosmos.

No sé cómo de común será. Yo, desde luego, no había escuchado de nadie a quien le hubiese sucedido antes, pero la gente es muy pudorosa. A mí me ha dado mucha vergüenza. Solo quería fumarme mi cigarrito de todas las mañanas para empezar el día con flojera y de repente me encuentro con que soy el responsable de la existencia. No sé si la responsabilidad tiene efecto retroactivo, pero no me gustaría que se me echase en cara nada de lo sucedido a lo largo de la historia solo porque haya tenido la mala suerte de crearlo todo.

«¡Qué exagerado eres!», pensaréis. «Será otro universo, no el nuestro». Ojalá, pero fijándome bien en la servilleta, forzando un poco la vista, me he visto el cogote. «¿Cómo vas a haber reconocido tu cogote?». «¿Es que acaso lo ves a menudo?». Vigila tu lengua que igual soy tu dios. No tengo ninguna intención de engañar a nadie. ¿Qué gano yo mintiendo? Si me da una vergüenza terrible reconocerlo. Sí, era nuestro cosmos, miré fotos en internet y todo estaba en su sitio.

Naturalmente, este hecho me ha despertado muchas preguntas. ¿Es el tabaco una pieza fundamental en la creación? ¿No debería oler todo a tabaco entonces? ¿Si hubiese fumado con filtros de sabores el universo sería otro? ¿Me estará maldiciendo alguien que estuviese pensando en dejar de fumar? Estas preguntas aparentemente no tienen respuesta, pero al ser yo el creador puedo responderlas y nadie tiene la autoridad suficiente para llevarme la contraria. La respuesta es sí.

La mañana, como comprenderéis, la he perdido dándole vueltas a la situación. Mi ropa no es la de alguien que tosa universos. No sé qué ropa sería esa, pero por lo menos debería llevar una capa. ¿Cómo me van a tomar en serio sin una capa? Bastante malo es haber creado la existencia como para que encima tu creación no te respete. Anoté «comprar capa» en una listanota. Poco a poco todo iba cobrando forma en mi mente. Comencé a comprender la responsabilidad que cargaba sobre mis hombros. Pensé en dejar el universo en un garaje, que suelen tener siempre buena temperatura, pero entonces tendría que mudarme yo al garaje para poder vigilarlo. Al final he decidido que lo mejor va a ser dejarlo en casa, taparlo con mantas cuando haga frío y cubrirlo con bolsas de hielo en verano.

Ahora mismo voy de camino a clase. No me he traído el universo conmigo porque me conozco y capaz soy de dejarlo olvidado en alguna parte. Pero no os preocupéis, voy a cuidar bien de él. Lo he dejado en la mesa del comedor con un pisapapeles encima para que no se vuele si entra alguna ráfaga de viento, y con una nota al lado explicándole a mi madre que es el universo y que no lo tire a la basura.

Para que veáis que me tomo en serio mi labor, he decidido dejar de fumar, así viviré más años para cuidar de todos y evitaré así crear otro universo por error —porque el tabaco es una pieza fundamental de la creación—.

Miguel Ángel García Sánchez nació en Madrid en el año 2000. Es estudiante de Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense de Madrid, pero actualmente se está tomando un descanso para reponer sus fuerzas y su cartera. Apasionado de la literatura, desde 2021, se dedica principalmente a la escritura de relatos cortos. Su único texto publicado hasta la fecha es un prólogo a la obra *Prisa y luna* (Alfonso Martín Rubio, 2023) por la editorial Diversidad Literaria.

1936

Por Ane Matres García

Resuena un disparo. José se levanta de un salto y ase el hombro de su hermana.

—¡Despierta, Elena! ¡Despierta!
—canturrea tirando de ella—. ¡Papá ha vuelto!

—La guerra todavía no ha terminado, tonto. Los del pueblo estarán cazando.

—Pero solo está empezando a amanecer. ¡Voy a avisar a mamá!

Antes de que pudiese dar un paso, su madre abre la puerta con una sonrisa tensa y acunando a Pablito en sus brazos.

—Pequeños, vamos a jugar a un juego, ¿vale? Hay tres personas fuera. Vais a jugar con ellos a «un, dos, tres, carabín bon ban». Pero tenéis que ir hacia el bosque sin que os vean.

—¿Y qué nos darán si ganamos!?

—Para conseguir el premio tenéis que llegar a la iglesia a través del bosque.

Elena se dirige al armario.

—No, querida, no hay tiempo. Venid aquí—. Se arrodilla y les besa la frente—. Y ahora a por el premio.

—¿Y tú, mamá? —inquire Elena. —¿No vas a jugar con nosotros?

Aprieta al sietemesino contra el pecho.

—Yo voy a jugar al escondite—. Les empuja hacia la puerta—. Os quiero mucho, muchísimo.

Un, dos, tres, carabín bon ban. Gatean ya por la mitad del campo. Un, dos, tres, carabín bon ban. José sonrío pensando en el chocolate. Un, dos, tres, carabín bon ban. Elena se arrastra pensando en su camión lleno de barro. Un, dos, tres, carabín bon ban. Escuchan los berridos de Pablito. Un, dos, tres, carabín bon ban. Una carabina. Un, dos, tres, carabín bon ban. Silencio.

Ane Matres García se graduó como filóloga hispánica en la Universidad del País Vasco y realizó el Máster de Estudios Literarios en la Universidad Complutense de Madrid. Ha participado en múltiples congresos internacionales como crítica literaria. En cuanto a sus intereses creativos, destacan la narrativa, tanto breve como larga.

El mejor lugar para estar

Por Irene de la Torre

Y si me muriese esta tarde. No, eso no me va a pasar. O sí, pero y qué pasa, se va a tener que poder hablar de eso. A ver, que no es ningún misterio, que es algo natural, que me va a pasar hable de ello o no hable de ello y entonces por qué no voy a poder hablar. Se me hace necesario. Es ley de vida, a ver si hablamos claro de una vez. Me han puesto esta cadena como si fuese un animal, una vaca de las de mi pueblo,

porque ya tengo ochenta y dos años y es importante que la lleve, por precaución. ¿Por precaución? Si me quedo, me quedo; ya lanzaré un grito, o ya me quedaré dos días muerta en mi casa sin que nadie lo sepa. A mí qué más me da, si ya estaré allí donde Dios me haya asignado. Además, esta cadenita tiene su intrínquilis. El otro día, sin ir más lejos, se armó una buena entre los vecinos por este dichoso invento, que hay que ver cómo hacen las cosas, que no sirven para nada. Pues, como la llevo cada día muy bajita en el pecho y voy dando por las esquinas con ella, se dio al botoncito este sin querer y claro, llamaron a casa enseguida, como me explicaron que harían. Llamaron unas tres o cuatro veces al teléfono de casa, pero claro, yo estaba en el baño, y estoy medio sorda, de manera que no oí nada. Llamaban y llamaban, y esos mamarrachos no se asustaron, qué se van a asustar ellos, si seguro que están deseando que suene la dichosa alarma para salir de sus salas de hospital y venir corriendo y darle acción a sus vidas, que están más aburridos de su rutina que para qué, que a ellos yo, o cualquier otra vieja de las que tiene la cadenita esta, les traemos sin cuidado, para qué mentir. Y ya lo siguiente que hicieron al ver que no contestaba fue llamar a mi vecina Carmina, la única con la que tengo una confianza ciega, y ella sí que se asustaría de verdad, le daría pena, aunque fuese un poco, que yo lo sé, que nos tenemos cariño de tantos años que hemos sido vecinas. Y vinieron ella, los inútiles esos del teléfono y el vecino del quinto, el marido de Dolores, porque Carmina no se atrevía a venir sola. Menudo espectáculo. Carmina toda apenada, claro, esperándose encontrar la muerte en el baño. Vaya unos gritos que

di. Que ya os podéis ir a vuestra casa. Y la cara de Carmina hablaba por sí sola. Arrinconada en una esquina del pasillo, muda. Con ojos de estar viendo a un fantasma durante un largo segundo. Te crees que tu vecina está muerta. Te han llamado del hospital. Te han dicho que no coge el teléfono, que ha pulsado el interruptor de la cadena, que la han llamado tres o cuatro veces y después te han llamado a ti, eso es lo que ha pasado. Lo estás masticando, lo estás intentando asimilar. Los hechos. Tu vecina. Te han dicho que van enseguida, que no te preocupes, que ellos entran contigo, que esperes unos minutos, que eso no va a cambiar nada. Pero tú dudas, no sabes qué hacer. Asientes y cuelgas, estás paralizada. Tú tienes la llave de su casa. Te acuerdas muy bien de cuando firmaste el contrato de compraventa de la casa, hace ya más de treinta años; te acuerdas de tu inocencia, de tu energía, de tu ilusión. Tú, dueña de un inmueble en Madrid, a las afueras, pero qué más da. Entonces recuerdas con qué amabilidad te acogió tu vecina Gertrudis, que te sacaba casi veinte años, que sentiste como una madre desde el primer día, que te enseñó toda su colección de vajillas: todos sus vasos, copas, tacitas, cucharitas de plata, tenedores de postre. Te acuerdas en ese mismo momento del primer día en el que os disteis las llaves mutuamente. El primer momento en el que os regalasteis la confianza. Te acuerdas de cómo celebró el nacimiento de tu primer y único hijo, de que lo ha visto crecer, de que es de la familia, de cómo la ayudaste tú con su divorcio, de todas las fiestas de Navidad, de las cenas, de las servilletas blancas de encaje y recién planchadas sobre la mesa, del olor a café que salía de su cocina, de la

fragancia del atardecer caluroso con el sol poniéndose al otro lado de su balcón, cerca del cementerio. De los paños bordados, de todos los detalles que se respiraban en cada esquina de su decoración cargada, pero que sientes familiar de tantas veces que has estado ahí. Te acuerdas de cómo te ayudó cuando te quedaste sin trabajo, cuando casi lo pierdes todo, de cómo te ha escuchado. Y también te acuerdas de vuestros enfados, berrinches, roces. Que había días que la evitabas a conciencia en el rellano de la escalera. Y ahora no puedes llorar, no te sale. Piensas qué tipo de persona eres que no lloras por tu vecina muerta en el piso de abajo, pero intentas no juzgarte, estás paralizada, con el estado de choque llamando a la puerta de tu conciencia sin saber si le dejas entrar aún, asustada. Tu vecina te había comentado lo de la cadena, claro que sí, estabas advertida. Te había dicho que les había dado tu número, por si acaso no contestaba ella; te lo explicaron bien, muy bien, demasiado bien. Conoces todos los pasos. Pero tú, cómo ibas a pensar tú que iba a suceder eso tan rápido, no hace ni una semana que te avisaron de esto, y de repente pues ya está, como si lo hubieran previsto. Como si lo hubieran anunciado con la instalación de esa cadena. Llegan dos hombres, los que te habían prometido estar allí enseguida y, en efecto, han sido rápidos. Ni siquiera te ha dado tiempo a pensar detenidamente si no tendrías que entrar tú antes porque ya están aquí. Te han salvado de esa decisión tan difícil. Pero te invade algo extraño por el cuerpo y llamas corriendo a tu vecino, el viudo del quinto, que también la conoce desde hace años, porque no es justo, es mucha carga, mucha responsabilidad; la primera

vez que alguien va a ver a tu vecina muerta en su casa y solo la vas a ver tú y esos dos sanitarios que ni siquiera la conocen, que no tienen vínculo emocional. Tú no puedes con eso, necesitas a alguien más, a un cómplice de la escena. Entráis en su casa, con ese regalo de la confianza que os dissteis hace más de tres décadas; el baño está cerrado al final del pasillo. Uno de los dos sanitarios toca la puerta con fuerza. Tú te quedas tímida, con la mirada perdida en no sé qué sensación, en un rinconcito del pasillo que en ese momento parece diseñado para ti, te parece el mejor lugar para estar.

Irene de la Torre obtuvo la Mención de Honor del Premio Energheia España 2023. Ha publicado relatos y traducciones en revistas de literatura como *Quimera*, *Morlanda*, *La Gran Belleza* o *Superna*. Ha trabajado como traductora literaria y lectora para Navona y como traductora de neerlandés a castellano en CELA (*Connecting Emerging Literary Artists*) y en *Translators Factory* como parte de *Crossing Border*.

Desde la Arcadia perdida

Por Mónica Soneira Ventas

Hoy es tu funeral y tu recuerdo parece seguir intacto bajo su apariencia inerte. Pero lo cierto es que el tiempo se ha detenido para ti y con él tu relojito de arena. Hoy es un día gris y húmedo, la niebla se me pega a las pestañas y no puedo abrir bien los ojos. Aunque, de todas formas, no hay mucho que ver. No hace mucho que te has marchado, pero ya te extraño.

No sé qué hora es, hoy no llevo reloj. Lo único que sé es que, independientemente de la hora, mamá llora, papá llora,

Laura llora y Galatea... ¿Dónde está Galatea? Todos nos preguntamos dónde está. Probablemente te visitará llorando cuando nadie la pueda ver, así que hasta entonces tendrás que confiar en que llorará. Aunque ¿por qué debería llorar por ti? Si la encuentro algún día, sin duda alguna le preguntaré si lloró. Al fin y al cabo, tampoco debería importarte demasiado quién lllore o deje de llorar, a mí me importa porque estoy viva, aunque si me detengo el tiempo suficiente analizando el sentido de la pregunta, probablemente al cabo de una media hora terminaría por dejar de importarme.

Solo sé ahora que mamá me llora encima del hombro y no puedo consolarla. Papá no habla con nadie, se ha encerrado en la habitación. Duerme todo el día y llora cuando dormimos los demás. En realidad, la hora ya no importa, solo cuento los días esperando volver a ver cómo entras de nuevo por la puerta, aunque sepa de antemano que eso no va a volver a pasar.

De Galatea sigue sin haber noticias.

Querida Galatea:

A ti me dirijo confesándote que, a estas alturas, ya quedan pocas historias de praderas, de amaneceres tardíos o de brisas cálidas de noches de verano que contarte. Ya apenas me quedan palabras que dedicarte porque llevo escribiéndote y reescribiéndote toda una vida. Sin embargo, me dirijo a ti, confesándote que se me escurre el tiempo entre los dedos. Me ha aventado esta vez y ahora te sostengo en mis manos, me aferro a ti desesperadamente en un último intento de no desaparecer. Pero esta noche es distinta, amiga mía, pues tantas calles anduve sobre la noche

mendigando estrellas que ya no alberga el cielo ninguna para mí, las he consumido todas con deseos condenados a una orfandad eterna. Ya no queda ninguna, ni siquiera una que me lleve de vuelta a casa.

Creo llevar horas vagando bajo la acusadora mirada de las estrechas ventanas de mi ciudad como un saco mecido por el viento, horas tratando de encontrar en este lugar algo a lo que llamar mío, pero intuyo que llegados a este punto ya no hay vuelta atrás. Aunque les devuelva la mirada a esas fachadas, me rechazan. Ya no puedo regresar.

Constantemente me veo a mí misma abriendo y cerrando una puerta que me permita volver, volver a ese lugar al que pude llamar hogar. Tantas veces me marché que terminé por aferrarme a un lugar que me era, después de todo, completamente desconocido. Creo que fue alguien parecido a mí quien lo conoció porque, si yo me esfuerzo en recordarlo, me encuentra el paso de las horas inventando historias que tal vez solo ocurrieron en algún sueño. Y, sin tener la certeza de seguir viviendo o solamente de haber prolongado ese sueño, fuerzo a mis pasos pródigos a deshacer las huellas que hube de dejar en ese camino que me forzaba a marcharme una y otra vez.

Aunque como tantas otras veces, me vi obligada a subir mi piedra hasta la cima de la montaña y, por lo tanto, regresé.

Concluido el viaje nocturno me topé con el febril recuerdo materializado de lo que creí tantas veces un inerte pedazo de metal. Sin embargo, la estación absorbía el paso de los años al igual que los habitantes de la ciudad. Pero a diferencia de la estación, del quiosco que anunciaba la llegada a casa solo quedaban sus huesos,

los propietarios ya no podían seguir hospedando en sus cuerpos la deuda que le debían a la muerte y ella los desahució.

Creo que, si fuerzo la vista, soy capaz de distinguir entre la calima mi propia sombra. Sin duda ahí está, la sombra de mi imagen sigue escondiéndose entre las columnas de la estación. ¿Recuerdas esos días? Esos en los que la dualidad de la vida se difuminaba por completo y se esfumaba indefinidamente el deber de vivir como deberíamos hacerlo. Esos días, sin embargo, eran absorbidos cruelmente por esa realidad imperativa que nos hace a todos esclavos de la ilusión de una vida eterna y, en última instancia, a todos cobardes. Lo recordarás bien, lo recordarás incluso tan bien como lo hago yo. Pues cada vez que mi camino abandonaba los muros de arena, se despedía tu rostro arrebatándole al día las luces con cada pisada que te alejaba un poco más. Incluso hoy sé que desconocías que, tras el cristal que ponía distancia entre nosotras, yo descifraba todavía tu silueta mezclada con la de aquellos encadenados a las esperas que ponían fin a sus noches de verano. Aún veía cómo fingían esperanza las manos que, mientras despedían mi partida, esperaban en silencio haberme retenido tantas veces como me hube marchado. Poco sospechabas que percibía la soledad que levantaba el polvo al alejarse el autobús; poco sospechabas que, incluso tras esos cristales opacados por el vaho devorador de suspiros de prematura melancolía, se hacía tangible aquel vacío que no llenaba el paso de las horas. Poco sospechabas que aquel mundo que me prometía un futuro no existía más allá de mi ignorante insignificancia. Apenas podrías haberlo sospechado.

Sé bien que eran mis ojos cubiertos de una neblina nostálgica los que hablaban asistiendo a mi boca en su parálisis emocional. Sin embargo, no encontré en tales sensaciones mentira alguna, mi melancolía nacía de lo más profundo de mi alma, así que debían ser mis ojos quienes mentían.

En esta otra gran ciudad que me ha hecho huérfana a la fuerza, hace demasiado tiempo que creo hablar sola, tanto tiempo hace que incluso las personas me parecen espectros. Se deslizan sobre un paisaje tan voluble que ni siquiera ya percibo si existe, y es que, mi querida compañera, tantas veces me marché que perdí aquel lugar al que regresar, tantas veces se transformaron los paisajes en ilusiones que ya ninguno me parece real. Aun así, en cada trayecto de ese autobús permanecían congelados los paisajes etéreos de aquellos lugares a los que puedo, en mis recuerdos, llamar hogar. Mis pensamientos se tornaron en aquel refugio que mantenía impolutas esas flores coloridas, que detenía el curso del sinuoso arroyo, aquel lugar que acogía las hojas puntiagudas de las ancianas encinas y el aroma de los eucaliptos que despertaban las lluvias de primavera.

Sin embargo, arraigado a la propia ingeniería del vehículo, el fantasma del pretérito consuelo arrebatava a mis ensueños su color, su sonido y su brisa. Pese a resistirse, mis ojos, casi sin querer, percibían cómo enmudecían los jilgueros y cómo se perdía mi sombra entre los afilados caminos colmados de margaritas y amapolas.

La sombra de la nube del pasado galopa sobre una apacible pradera y, como un espectro apocalíptico, transforma los brotes que anuncian margaritas en cadáveres

prematuros. La dolorosa penitencia que sufren mis recuerdos atrapados en el laberinto oscuro de mi memoria me duele hasta en el bombeo del corazón. Y ese fantasma, esa melancolía que me promete dicha, que me regala mis primaveras congeladas en recuerdos, camina junto a mí asegurándose de hacerme morir cada vez que me encuentra la realidad. La sombra de esa nube acosadora moldea una realidad deformada e insufrible, una realidad que asciende desde el suelo, una realidad que me rodea como una muralla. Construyo y reconstruyo la muralla que me oprime con la vitalidad de un pasado condenado por mi propia ambición a la eternidad.

Temo cerrar los ojos, temo cerrarlos porque puede que olvide cómo debo abrirlos de nuevo. Los cerraba huyendo de la realidad que me decepcionaba, pero ya tampoco encontraba consuelo en ellos. Mis recuerdos, hasta entonces congelados en esas calles, comenzaban a desfilar sobre el escenario que les había concedido en mi mente. Los rostros y las sonrisas y todas aquellas memorias se desvistieron delante de mis ojos y ante mí solo quedaban sus sombras.

Lo extraño tanto. Extraño mi hogar, pero más aún extraño a aquella persona que lo habitaba, pues por más que persigo los senderos ya andados, por más que reescribo las conversaciones en mi mente y recorro los paisajes admirados tantas veces atrás, no encuentro más a esa persona que ahora tan solo habita en mis recuerdos.

Persiste un mensaje despojado de color atrapado entre los pitidos de un corazón de metal, de unas caricias que ya notan la ausencia de mis dedos y así despide este

mundo mi partida: besándome las lágrimas atravesadas en las pestañas e incrustándose en el cielo. Sé que lentamente se transforman en estrellas.

Las horas se enredan en mis muñecas y las rasgan. Las promesas asediadas en mi garganta se resignan a ser engullidas por la mirada amenazadora del paso del tiempo. Pero ¿cómo no hacerlo si aquello que alguna vez creí que podría llegar a pertenecerme se descubre como una farsa?

Perdóname, Galatea, perdóname por cargarte con el peso de mi último esbozo de palabra. Probablemente si hubiera alguien en la tierra que pudiera comprenderme, serías tú; si hubiera alguien en la tierra a quien le cedería mis palabras si me fallara algún día la voz, serías tú sin duda. Así que te ruego que me perdones por haber aceptado de ti la comprensión que esperé siempre de ese lugar al que llamar hogar. Siempre fuiste tú.

Y es que, amiga mía, qué lejana se percibe la realidad desde mi cabeza, qué lejanos parecen los árboles ahora, qué lejanos se presentan los suspiros de las hojas marchitas al vencerse sobre el suelo, qué lejanas resuenan mis pisadas acercando mi cuerpo hacia el lago que engulle mis recuerdos. ¡Qué lejano todo! Sin embargo, se aproxima clavando cruelmente sus tacones el acelerado aliento de mi corazón, palpitándome incluso en la punta de mis dedos. En este mundo irreal y ficticio que se dibuja más allá de los cristales de mi habitación, lo único que se me muestra tangible es el latido ardiente de aquel espectro que ocupa mi corazón. En esta ciudad de cristal ni siquiera el cielo responde a mis plegarias, se esconde de mí. Solo me devuelven la mirada las luces que pululan por la calle. Caminando entre tantos rostros

insignificantes se desvanece lentamente la gloria en el mío propio. Entre las abarrotadas y sofocantes calles de la ciudad no soy más que un escuálido gorrión recogiendo las migajas de triunfos que ni siquiera me pertenecen. Todos somos pardos, esqueléticos y desesperados gorriones, aguardando con una envidia feroz el momento en el que una mano amable nos lance un pedazo decente de pan para matarnos los unos a los otros con justificación.

Demasiado ocupada cerrando la puerta tras mi espalda, ignoro cómo lentamente nace sobre mi rostro una máscara de humo y mediocridad. Sobre las suelas de mis zapatos se acomoda el alquitrán y de las costillas en mi torso entumecido germinan oxidados pedazos de metal. Perforan mis pulmones como ratas y siento que me asfixio en el diminuto espacio de un tubo de escape.

Al salir de casa, la calle te absorbe y te conviertes en algo parecido a un ser humano, algo despreciable, un ente de humo sin rostro cuyas pisadas no le pertenecen a nadie, ni siquiera al suelo que pisan. Ni los lamentos que lanzan las fachadas grises tienen dueño. En este lugar, donde las horas quedan atoradas en circunloquios interminables de caricias pasajeras, no hay casa alguna que te recoja. Bien sabes que estoy lejos de ese lugar que imaginé. Esta ciudad me mantiene presa en la monotonía de unas escaleras mecánicas, en la reiterada charla de los chirridos del viejo metal.

Creo haberme sometido a la espera de un futuro que solo parece alejarse de mí. Durante estos últimos días antes de regresar a casa, creo haberme visto desprovista de una voz que me permita llorar y gritar. Se ha instaurado en mi corazón una lluvia

que nunca duerme. Una madrugada creí ver crecer tus raíces a través de las paredes de mi apartamento, aparecían como mensajeros que me invitaban a regresar. Sin embargo, esta noche, deambulando por la calle, soy esa hoja desgastada que el otoño despoja a la acera, esa que el viento arrastra contra su voluntad a algún lugar que ni siquiera importa, aquella que es pisoteada por las botas mojadas de una ciudad adormecida. Soy esa hoja espectadora de una realidad que la abruma y que sigue a la espera.

Creo haber visto un mundo que me muestra un futuro muy lejos de este. Un mundo parecido a lo que un día fue. Desearía retener ese lugar para verlo crecer junto a mí. Atraparía entonces la corriente que agita el riachuelo pradera abajo y lo sostendría en mis manos suplicándole que se detuviera hasta que fuera lo suficientemente valiente como para dejarlo ir. Así lo podría rescatar en la realidad sin necesidad de recurrir a mis recuerdos. Pero lo cierto, Galatea, lo cierto es que jamás tendrán mis manos la fuerza suficiente para detener el tiempo, ni por ti, ni por mí, ni por nadie. Esas escenas en las que bailamos vestidas con la sombra anaranjada del atardecer tras nuestras espaldas y desaparece el peso de vivir una farsa quedan para siempre en un rincón que solo observo desde lejos, pero al que ya no puedo acceder.

Extrañaré, cuando me vaya, las risas en el jardín durante las noches de verano, los juegos de mesa de los domingos, las confesiones nocturnas bajo la sombra del porche y el calor en la piel de las picaduras de mosquito. Aunque lograra extrañarlo, no podría tener el valor de vivirlo otra vez. Si me decidiera a llamarte ahora,

seguramente me dirías que solo tendría que seguir esperando. Aunque sé que no es cierto, vieja amiga, al igual que lo sabes tú. Porque debo ser sincera de una vez, y es que alargar mis palabras sería alargar en vano mi vida. Así que, si aún existes más allá de mi mente, toma de mi alma el pedazo que te corresponde y dale refugio en las largas noches de verano que extraño y extrañaré en la vida que me queda y en las próximas que tenga que vivir.

Donde quiera que estés, siempre tuya.

Mónica Soneira Ventas nació en Toledo en 2002 y es estudiante del Grado en Literatura General y Comparada de la UCM. Cursó el primer año del doble grado de Estudios Internacionales y Economía en la UC3M. Toda su formación literaria hasta ahora ha sido autodidacta. Le gustaría desarrollarse profesionalmente en el mundo de la creación literaria para dar valor incluso a los elementos más irrelevantes de la realidad.

Medio aniversario

Por Gustavo Morales

Mantiene la vista baja en el móvil en sus manos. Si diera una voz me miraría, pero también el resto de la fila, no puedo hacer eso. Está nublado, pero no hace mal día.

Recuerdo la primera vez que la vi. Tan preciosa, con un vestido, no ajustado, sino derramado sobre su piel para que adoptase su forma, como vertido sobre la estatua de una diosa griega para ser su molde. Se deslizaba sobre el suelo, una pluma que flota en la superficie del agua, blanca, caída de un ángel. Creí, incluso creo recordar que lo pensé, que nunca podría fijar la vista en mí. Medusa, me paralizó cuando lo hizo.

Llevamos casi seis meses juntos. Llevas la cuenta, dijo ella cuando le pregunté qué haríamos por nuestro medio aniversario. No es su intención, pensé, lo recuerdo, que eso sonara así, como si fuera medio aniversario porque solo lo fuera para uno de los dos, no por medio año. Ni siquiera sé si ese es el nombre que suele darle la gente. Claro, respondí, y volví a centrarme en la carretera. Ella puso música.

Eso fue hace tres días, el martes. Y el medio aniversario es el jueves que viene. No sé qué haremos, aunque he buscado restaurantes. Tengo dos italianos, un asiático y uno de tapas; cerca de donde trabaja. El asiático tiene cinco estrellas en internet, los otros tres tienen cuatro y media. Probablemente quiera ir al asiático, pero no se lo he comentado aún. Aunque queden solo seis días.

Si se lo recuerdo dirá, con el tono dulce que le da su voz a cualquier cosa que diga, que no la agobie, que llevo la cuenta de todo. No me esfuerzo por hacerlo. Simplemente, si he hecho algo cinco veces, sabré que lo he hecho cinco veces y no diré seis ni cuatro. No pienso según sucede Uno, dos, tres; pero lo sé. Es como saber orientarse. No se trata de ir apuntando el nombre de cada calle, pero sabes dónde estás, cómo volver donde antes. Pero para ella no es así, no ha tenido nunca ningún problema con hacérmelo saber.

La primera vez que nos acostamos, comentó a la mañana siguiente que cómo le había subido el vino, que no había pensado hacer nada así, pero que a partir de la tercera copa. Y se había tomado dos. Habría sonado un poco cruel, a que se avergonzaba de lo que había pasado, si su voz no fuera demasiado dulce para eso. Cómo se te ocurre hacer eso, hemos follado tres

veces, me soltó cuando nos quedamos solos, después de que le diera un beso en la mejilla para saludarla, porque había compañeros de trabajo. Pero dos minutos después lo hacíamos por séptima vez, en el cuarto de baño de la segunda planta del edificio de oficinas.

Imagino que, si le digo algo, dirá que solo ha sido un momento, que no exagere. Sus piernas cruzadas, estiradas, apuntan los tacones como bayonetas hacia delante, para no apoyar las plantas de los pies y descansar de los nuevos zapatos. Si le molestan tanto, y se queja de que no tiene espacio en el armario, no entiendo por qué se compra unos nuevos cada dos meses. Como un reloj, el primer fin de semana, un mes sí y otro no. Sale a hacer la compra como el cuco a dar las horas.

Pase, me dirá quien esté en la puerta, No, diré yo, imagino que añadiré algo más, como Estoy esperando, y me haré a un lado. Has estado toda la noche a mi lado, pegado a mí como los niños a las madres, murmuró ella tras la primera cena del trabajo a la que fuimos como pareja. Debíamos ir siendo pareja, no como pareja, creo que ese era el problema. Yo no hice nada ni dije nada, solo estuve ahí, a su lado, esperando a que terminara la noche, y dieron las doce y la una y yo seguía ahí, a su lado, y pasábamos de un grupo a otro, así como unas quince veces, aunque de eso sí perdí la cuenta porque dónde empieza y dónde termina un grupo, si los integrantes iniciales se van y se quedan los que llegaron después, pero nosotros no nos hemos movido, y si tan solo nos giramos hacia quien está detrás, o si es hacia un lado, pues calculo unos quince cambios de grupo pero sí podrían ser catorce o dieciséis, la verdad. Y solo después, cuando murmuró eso a la

vuelta en el taxi, habría sido la cuarta vez que le metía mano en un taxi, pero me detuve, entonces pensé que tal vez ella se mudaba con la esperanza de que una conversación me atase a un grupo y así ella lograra desprenderse de mí, como los gatos se frotan contra los muebles para soltar pelo, no sé, nunca he tenido gato. Pero solo participé en cuatro conversaciones, el resto de la noche sonreía o asentía, serio, con cara de prestar atención.

Y llevo seis minutos de pie, solo haciendo cola, mientras ella descansa los pies de los zapatos de tacón. Hace tres minutos le he mandado un mensaje, Todo bien?, pero no lo ha leído, aunque no ha soltado el móvil, no que yo haya visto. Anda con una fragilidad elegante con sus zapatos de tacón, sus múltiples pares de zapatos de tacón, con el temblor de una vela tensada por el viento, las ráfagas irregulares que dispara el aire. Era todo lo que veía, con sus zapatos de tacón y un vestido rojo, Afrodita, en la cena con los clientes. Voy a estar muy ocupada y necesito conocer a gente hoy, estate con tus amigos, me había ordenado con su voz dulce aquella tarde, sin volver la cara para hablarme mientras se ponía el sujetador. Yo estaba tirado en la cama, sabía que no tenía que comenzar a prepararme hasta que ella no se quitase la toalla del pelo, que entonces yo podía ducharme y vestirme tranquilamente y estábamos listos al mismo tiempo, porque si yo estaba listo antes ella decía con su voz dulce, No me agobies metiéndome prisa, aunque yo estuviese callado. Y en aquella cena ella hablaba y hablaba, y estaba preciosa al otro lado de la sala, mientras yo intervenía de vez en cuando en la conversación a la que había caído, como una

piedra al fondo de un río y ella tan incorpórea. Era todo lo que veía.

Miro de nuevo el móvil. Ocho minutos. La cola ha ido avanzando, se acerca el momento incómodo en que me quede allí plantado, como un niño perdido, sin su madre, ni hadas, ni piratas, ni cocodrilos con relojes. No puedo abandonar la cola para acercarme y llamarla, perdería el progreso, no puedo llamarla desde aquí, Me haces quedar en evidencia, su voz dulce. Aún no ha levantado la vista del móvil. La espalda recta, elegante desde la distancia.

El sol sale y me ciega. Ya no la veo.

Gustavo Morales. La formación literaria de Gustavo Morales comenzó a los ocho años en el taller literario de Paloma González Rubio. Estudió el grado de Lenguas Modernas, Cultura y Comunicación, y el Máster de Edición en la UAM. Ha escrito canciones, relatos, poemas y dos novelas aún inéditas. Actualmente trabaja como corrector ortotipográfico y asistente editorial.

Laboratorio de poesía UCM
(Selección de poemas)



Herencia de Rimbaud

Por Alba Tejedor Gertrudix

El lobo atragantado se acurruca entre las
hojas.

Loba me descompongo.
Las arañas ya solo
comerán del azafrán salvaje.

Violeta duermo
entre columnas.
Hiervo en el altar.
Con el agua fregarán los bancos.
Arrodíllate sobre las hojas del cedrón
y lame.

Alba Tejedor Gertrudix, graduada en Literatura Comparada por la UCM se encuentra en la actualidad cursando el Máster en Museos, Archivos y Bibliotecas de la UDC. Ganó en 2022 el segundo premio del concurso de relato de La casa del Estudiante de la UCM con *La montaña azul*.

[gesto soniadero sonajero...]

Por Andrea Navacerrada

gesto soniadero sonajero no me separaban
[dél
mi madre dijo que era algo así como
“no ves? que si te fijas era como
“de caballo
“aquí la crin aquí la boca
“mira y aquí están sus ojos
mi yegua afónica y aunque ya su idioma se
[me apaga lejitos
lo tengo en las venas y durará el ruiderío
en la memoria de mi yegua solasola
que brasa la boca / digo que ese ruido
que llevo adentro es ella
“qué asco! mamá! tiene dientes!...”

Andrea Navacerrada (Madrid, 1997) es graduada en Literatura General y Comparada y magíster en Estudios Literarios por la UCM, donde actualmente investiga sobre arte, poesía y nuevas tecnologías. En 2023 recibió una beca Injuve para la Creación Joven por el proyecto colaborativo y de investigación artística *Habitáculo*. Algunos de sus poemas han sido incluidos en las revistas literarias *Caracol nocturno* y *Casapaís*.

[Sostienen las horas]

Por Marta Covisa Andarias

Sostienen las horas
cantando los gorriones.
Abren grietas
por las que respirar.
Si se hiciera de pronto el silencio,
la densidad del espacio
se haría insostenible.

Marta Covisa Andarias. Aranjuez, Madrid, 2001. Ha estudiado el grado de Literatura General y Comparada (UCM) y actualmente continúa sus estudios en el máster en Literaturas Hispánicas (UAM). Su último proyecto es la investigación, medición y análisis de la densidad de las palabras: a veces se le aparecen como gatos al acecho y otras como semillas de diente de león.

Cómo envejecer

Por Isa Pérez Rod

Les cedo asiento en el metro
y se sientan a mi lado en los cafés.

Ex pin up girls,
ex chicas yeyés.

Con el pelo estrambótico,
quizás, gris perla sin accesorios,
serían indistinguibles de cualquier otra
[pero en sus iris
brilla
un *je-ne-sais-quoi* vital y combativo.

Y yo me pregunto
(aún demasiado joven para tanto otoño)
qué se verá pronto en mí.

Ex riot grrrl,
ex gamer whore.

Isa Pérez Rod (Cádiz, 1990). Médico pediatra, graduada en Psicología y actualmente estudiante de Literatura General y Comparada en la UCM. Ha recibido varios premios literarios y publicado en diversas antologías tanto en poesía como en prosa. Suyos son los poemarios: *La Pecera Azul* (Ediciones Vitruvio, 2020 Premio Covibar-Ciudad de Rivas) y *Alquimia Orgánica* (Los Papeles de Brighton, 2021).

Cuántas vidas

Por Alicia Gutiérrez Vega

En la ladera que hace de pared con Dios, vacas
y caballos diminutos como moscas verdes
bajan con el viento hasta el vegazo.

Mi abuelo habla en el escaño de su casa. Piedra.
Una cocina de carbón. El corral para mirar
lejos, sin sombrero, y las nubes hacen sombras
en las colinas.

Puentes y fuentes, mi padre escribe entre flores
amarillas. Un río quiere nacer. No hay espira-
les, ni helechos, ni atisbos de reencarnaciones.
Las vidas pasadas. Más tarde, más lejos.

Nuevos comienzos al abrigo de un glaciar,
40 velas en un bizcocho, casi a oscuras. La
furgoneta rodando por Nueva Zelanda, den-
tro hay alguien parecido a mí. Y una herma-
na. De nuevo Madrid. Albita y Rocío como
una mañana extendida en el aeropuerto. El
helecho ha arraigado en mi tobillo izquierdo,
pintado con tinta azul, y en él crece mientras
mi piel dura, y es donde mis hijas corren, mi
hermana viaja, mi padre escribe y habla mi
abuelo. Espiral de todos los que duermen en
la ladera que hace de pared con Dios.

Alicia Gutiérrez Vega es Licenciada en Publicidad y RRPP y MBA. Se dedica al marketing, aunque siempre ha querido ser escritora. Ha escrito varios relatos cortos, algunos premiados y, recientemente, poemas. Actualmente cursa el Máster en Escritura Creativa de la UCM. Entre sus referentes, Alejandra Pizarnik, Marosa Di Giorgio y Rosana Acquaroni. Y su padre. En unos años, seguramente, también su hija.

[Si despertaras]

Por Ainhoa Trueba

Si despertaras,
verías que empieza la primavera
y a la ciudad se le ha olvidado esconder el frío.
Creerías que el instante se ha vuelto una
[certeza
o que la fe se ha diluido entre la nieve.
Los años no han conseguido aún deshacer
[el entramado
de recuerdos, de quimeras,
de ansia.
Si despertaras,
aun sabiendo que yo ya veo poco de la vida,
—que ni siquiera la toco—,
pensarías que aquel bar ennegrecido por la
[calle
es el nuevo hogar de la esperanza.

Ainhoa Trueba nace en Madrid en 2002. Empieza a escribir poesía en el instituto y queda finalista en el premio de poesía Valparaíso con *Vistas desde el techo*. Colabora con la revista *Ala Este* y *Casapaís*. Estudia Física, aspecto que le sirve para dotar a sus poemas de una perspectiva diferente. Está interesada en indagar sobre una posible conexión entre la poesía y la física.

[te dejé salir donde la luz alcanza]

Por Rika Maurandy

te dejé salir donde la luz alcanza

entonces
ocurrió

se proclamó la noche
y ojos como faros condenaron a naufragio
la osadía de la espuma sobre la roca

Rika Maurandy hizo Literatura General y Comparada en la UCM, y actualmente estudia un máster de museos, archivos y bibliotecas en la UDC. Ha publicado un poemario, *Baladros* (Poesía eres tú, 2020), y aparece en antologías como *Cuando dejó de llover: 50 poéticas recién cortadas* (Sloper, 2021) y *Nuevas voces poéticas de la región de Murcia III* (2021); y en revistas como *Caracol Nocturno* y *Atípica*.

Infelix Dido

Por David Santos Calleja

*A Joan Vollmer asesinada por
William Borroughs*

Nueve ángeles mahometanos escupen
Elisa Faraday revuelve vestidos
El caballo Teucro
Es aliado de los osos negros
México se pone lindo
William fuma porros con Jove
Beatniks de mente abierta
Calculadoras rotas
3 • 9 = 1951
Elisa vuelve a ser reina de tiro
Nueva York *delenda* Carthago
Nueve ceniceros ensangrentados bailan.

*Infelix Joan, hoc fugiente, fugis; hoc
[presente, peris.*

David Santos Calleja ha nacido en Madrid, en el barrio de Moratalaz, aunque sus raíces familiares están en el pueblo de Belver de los Montes (Zamora). Tiene diecinueve años y estudia Literatura General y Comparada en la UCM. Sigue buscando más referentes poéticos, aunque ha tenido mucho interés en la literatura grecolatina, barroca y contemporánea.

Mantra contra los malos augurios

Por Germán Ortiz

Las marmotas siempre rompen
los días
y sacan la cabeza.

Hablamos como un estadio de sacrificios.

Un instante susurra como una estrella de
[cuero:

*El tiempo es una
[retroalimentación positiva.*

Juego con él
como bola de nieve

a rebotarlo con rodillas
[y codos.

No conocen nuestro
nombre

[no lo harán]
las jaurías de césped
y las hordas de hojas secas.

Si tapamos el sol con una caricia se dejan la
[garganta.

Germán Ortiz: colombiano, veintitrés años. Desde hace tres estudia y reside en España. Ha vivido en cinco países distintos, y eso lo marca un poco todo: se siente como una planta de agua,

por lo de las raíces, y como un colibrí, por lo de no saber qué es posarse en su propia rama. Se tiraría de un puente si se lo pidiera Muriel Barbery, y por cada poema que conoce tiene siete canciones en la frente.

RESPETA LOS ESPACIOS PÚBLICOS, SON DE TODOS

Por Paula Colmenares León

solo tú serás tú
Salinas

El lenguaje propone en cierto modo formas
“vacías” que cada locutor en ejercicio de
discurso se apropia
Benveniste

Mi casa es un adverbio: aquí.
Mi cuerpo es un pronombre: yo.
Mi amor es otro: tú,
que está lejos, allí, quién sabe dónde...
No importa, ¡todo es mío!
Y ahora, yo te digo:
poséeme, es tu turno,
que todo lo comparto
con extraños.

Paula Colmenares León (1996, Madrid) está estudiando el Doctorado en Estudios Literarios con un contrato predoctoral FPU en el Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la UCM y una tesis sobre el narrador no fiable en la ficción. Tiene un doble, Menara, que canta. Sobre duplicidad ha escrito en Creación y análisis de la antología: El fingimiento y las máscaras: Una antología sobre jugar a ser ¿lo que no se es?

Sáhara. Abril 2023

Por Jimena Riesco Aguado

De su boca salieron
las acacias del éxodo
raíces quebradas sin culpa
destierro de arena sin causa.

Yo no soy su voz
[pero sangro sus palabras.

El pie del niño
madera dura que crece al final del verano
la acacia no pidió tener espinas
pero la huella...

Jimena Riesco Aguado cursa tercero de Literatura General y Comparada. Viajó a los campamentos de refugiados del Sáhara Occidental en 2019 por primera vez como cooperante. En abril de 2023, vuelve a los campamentos y, con la escritura más arraigada en su cotidianeidad, nace una poesía que mezcla su propia experiencia con el conflicto saharauí desde la memoria histórica.

Cuatro jaikus

Por José Alaiz

Sol de septiembre;
el aire baja olor
a libros nuevos.

*

Que andas en círculos,
burro, no crearás
si te lo digo.

*

Hoy solo tengo
para echarte, gorrión,
esta mirada.

*

Nube de costa,
lloras, porque encanece,
agua en el agua.

José Alaiz (Madrid, 1979) estudia Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense de Madrid. Le gustan las semblanzas minimalistas.

[Si el rencor no quemara]

Por Miguel Ángel G. Domenech

Si el rencor no quemara
las manos que pretenden abrazarse,
ni su rayo inflamara
los ojos al cebarse,
y en piel de toro herido ensangrentarse.

Si la tierra sedienta
no enterrase voraz odio ocultado;
ni la ira macilenta,
el grito amordazado
de justicia no ahogase en el pasado.

Si fuésemos capaces
de en paz llorar los nombres olvidados,
lluvias de amor solaces
regarían los prados,
de amapolas y olivos adornados.

Miguel Ángel G. Domenech. Madrid, 1955. Obtuvo los títulos de Magisterio (UCM), Máster en Didáctica del Español como L.E. (UR) y Máster en Escritura Creativa (UCM). Ha trabajado como profesor en España, Portugal, Reino Unido y Países Bajos. Tiene un primer premio de Cuentos Interculturales de la CAM y una publicación de «Obras breves de teatro en español».

[Burlando al olvido]

Por Alexandra Mirella

Burlando al olvido
el temblor púrpura

clavado en mi espalda
está donde mañana
la luz no llegará.
En el mismo gemido
ofuscada ha despuntado
la muela del juicio
ahogada en azul marino.
¿Dónde, rojo, donde?
¿Dónde nos rendimos?

Ayer te vi entre los naranjos
circulares ¿Dónde acaban?

Alexandra Mirella (ella/la): peruana y migrante. Veintidós años. Estudiante de cuarto de Literatura General y Comparada. Ha vivido más de la mitad de mi vida en el norte de España. Cuando visitó Oxapampa, al ver la selva solo pudo pensar en los bosques de Cantabria. Cuando sale a dar paseos por el monte Vizmaya, se piensa en Totorá.

Berlin calling

Por Nicol Navas Gómez

Si pudiera, levantaría,
con estos mismos dedos agrios,
un arco de medio punto entre dos voces,
habitaría los senderos diáfanos
en los que tiemblan contenedores
de estaciones famélicas,
escaparates con sombras rebajadas.
La razón mutilada entre raíles
reposa en la periferia hueca
mientras el vestido de lunares
yace sobre la piedra cruda.
Esto no es lo que nos prometieron.

Nicol Navas Gómez nació en Colombia en 2001 y emigró a Madrid con ocho años. Es graduada en Literatura General y Comparada por la Universidad Complutense y continúa su carrera académica realizando un máster en Estudios

Culturales Británicos en la Humboldt Universität zu Berlin. Recibió el tercer y segundo premio en el Certamen de Poesía Ramiro de Maeztu 2018 y 2019, respectivamente.

